

Amigo cochero, trote ligero y ramalillos flojos. ¡Tra, la, la, la!

É imitó con la boca la trompeta del conductor. En la remuda de Villanueva, afectó una gran cortesía con las señoras y quiso regalar con bollos á sus compañeros de viaje. Parecía buen hombre, y, aunque vulgarote, de trato agradable. Al encontrarse nuevamente en presencia de Saint-Regeant, insistió para convencerle de que montase con él, junto al conductor :

— Vistó desde arriba, el paisaje es soberbio, creedme.

Pero el joven, excusándose con gran cortesía, resistió á las invitaciones. Tenía, según dijo, que repasar las notas de pedidos durante el trayecto, y eso le ocuparía hasta la llegada á Montereau. Sin embargo, en Melún, durante la comida, la verba graciosa del viajante consiguió decidirle, y cuando llegó la noche, los viajeros del interior ofrecieron á Neufmulin estrechase un poco para hacerle sitio, con objeto de que no fuera expuesto al relente. El viajante aceptó sin cumplidos, y se incrustó entre la anciana señora y Saint-Regeant, que eran los dos viajeros más delgados. El viaje se prosiguió sin otro incidente. En Chalón, Neufmulin y Saint-Regeant tomaron el barco, y cuando llegaron á Lión, cualquiera hubiese afirmado al verlos que eran los mejores amigos del mundo.

## CAPÍTULO VIII

En realidad, Saint-Regeant no había dejado un momento su reserva; ningun secreto pudo traslucirse de las palabras cambiadas con su compañero de viaje, y ahora más que nunca, era Víctor Leclerc, viajante en sederías y terciopelos. En cuanto á Neufmulin, creyó jugar sobre seguro, pero su verdadera personalidad habíala sospechado Saint-Regeant desde el primer día, gracias al siguiente suceso : Cuando la diligencia llegó á Fontainebleau, á la casa de postas, se presentó el comisario de policía para realizar una perquisición en los equipajes de la diligencia, que le había sido indicada como portadora de armas con destino al Mediodía de Francia. Pidió los pasaportes á todos los viajeros, y, como por azar, Neufmulin estuvo fuera de la posada en el momento en que tal formalidad se cumplía. Un momento después entró furioso, lanzando palabras violentas contra el empleado de la administración que, según decía, acababa de pedirle groseramente sus papeles en medio de la corralada. Él haría de manera que atasen corto, á este funcionario; para algo era compatriota suyo el Cónsul

Cambaceres y ¡voto á bríos! había de saberse quién era Calleja. Fuéron necesarios grandes esfuerzos para lograr que se calmase, y, además, que el posadero le comprara un barril de vino de Burdeos, Saint-Estephe de primera, para que reapareciera la sonrisa en sus labios crispados. Á todo esto, el funcionario encargado de la requisa, parecía responder más que interrogar. Á partir de este instante, Neufmulin se hizo sospechoso á su compañero de viaje, aunque, durante todo él, fué vendiendo partidas de vino, y no quedó una sola casa de relevo á cuyo dueño no hiciese el ofrecimiento de géneros. Pero bien podía vender toda la cosecha de la Guayana, si quería; eso noprobadaba que los pedidos se sirvieran y, mientras tanto, era un admirable sistema para engañar sobre su verdadera personalidad.

Cuando llegaron á Lión, Neufmulin dijo á su compañero de viaje:

— Si no tenéis preferencia por ninguna posada, os recomiendo *El Unicornio*, en la plaza de Brotteaux. Está en el centro de la ciudad. Allí me hospedo yo siempre que vengo á Lión, y me tratan como á un amigo.

Saint-Regeant sintió la tentación de ver hasta dónde llevaba su audacia Neufmulin, y como no tenía razón alguna que le moviese á preferir uno ú otro alojamiento siguió el consejo de su compañero. Con gran sorpresa, tuvo que reconocer que Neufmulin no había mentado, que le conocían en *El Unicornio*, y que no solamente le trataban como á un antiguo cliente, sino que le compraban vino elogiando la calidad de las últimas remesas. La desconfianza del joven menguó un poco, pero su obstinación bretona no se daba á partido fácilmente. Continuó, pues, observando á Neufmulin que, por su parte, se mostraba cada vez no solamente más expansivo, pero confidencial. Y he aquí que, bruscamente, el rubicundo personaje cambia de tecla, y se

dispara con unas revelaciones que causaron á Saint-Regeant el más profundo asombro.

— Escuchadme, Leclerc, — dijo bruscamente Neufmulin á su compañero el primer día, después de cenar, mientras tomaban café mano á mano; — siento ciertos escrúpulos de no haber procedido francamente con vos. Tengo que reprocharme el haberos traído á *El Unicornio*, aunque, al hacerlo, no cedí más que á la simpatía que vuestra persona me inspiraba y al placer que me proporciona vuestro trato. Pero he obrado mal, porque puedo comprometeros.

— ¿Comprometerme? ¿Cómo? — preguntó Saint-Regeant.

— ¿Cómo? La cosa es muy delicada para dicha así... Mirad... no me preguntéis más, y contentaos con mi franqueza. Coged vuestro equipaje, y marchad á hospedaros al otro extremo de la ciudad. No os conviene que os vean conmigo.

— ¿Por qué?

— ¡No, no; no insistáis! Haced lo que os digo. Y ved en este consejo una prueba de mi amistad sincera...

— Me inquietáis, pero eso no basta, ¿Sois un quebrado, un monedero falso?

— ¡Oh! ¡Nada que pueda deshonrarme!

— Entonces ¿conspiráis?

Neufmulin no respondió, pero su mirada se fijó, escrutadora, en el rostro de Saint-Regeant, donde vió pintado el mayor asombro. Entonces, y con emoción súbita, añadió:

— ¿Y si conspirara? ¿Huiríais de mí? ¿Cuáles son vuestras opiniones, Leclerc? ¿Sois partidario de la revolución, representada por ese maldito Bonaparte? ¿Ó sentís la nostalgia del rey y de los príncipes?

Á estas palabras, Saint-Regeant se mantuvo en una

impasibilidad completa. Una certidumbre se impuso de repente á su espíritu : la de que su compañero de viaje no era más que un agente provocador y que, en aquel momento, jugaba con él una partida peligrosa. Entonces se explicó la conducta, la actitud, los discursos de Neufmulin, y comprendió que si se separaba de él, si tomaba la menor precaución, daría al polizonte la evidencia de algo que hasta el presente no hacía más que sospechar. Firme en esta actitud, el joven respondió con una calma fingida :

— ¿Eh? ¿Qué me preguntáis mis opiniones? Yo no tengo más que una : ganar dinero para establecerme en París, y tratar de ahorrar unas pesetas. Claro está que la Revolución y los revolucionarios mismos no me gustaban mucho, porque entorpecían el desarrollo de los negocios. Ahora, en cuanto á pronunciar una palabra de simpatía por uno ó por otro partido, ya es harina de otro costal. Y vos, Neufmulin, ¿cómo os habéis metido en aventuras políticas? Porque si no comprendo mal, venís tramando alguna intriga contra el gobierno...

— ¡Más bajo! — suplicó Neufmulin — Sí, vengo á visitar á los realistas del Mediodía, y me he decidido á comenzar por Lión, donde tengo algunos amigos en los barrios populares... Yo no me ocupo de los grandes jefes : Pommadere, los Quercy, los Saint-Aurenc...

Saint-Regeant se estremeció : aquel hombre acababa de nombrar precisamente á los jefes realistas para quienes él traía instrucciones de la junta de París. El otro continuó :

— Aquí pienso trabajar á los tejedores de la Guillotiere... que son excelente semilla para fructificar en motines. Ahora que, para llevar á cabo tal proyecto, arriesgo mi vida... y no quisiera en manera alguna poner en peligro la vuestra... Al menos que no tengáis razones...

Nuevamente miró á Saint-Regeant como si solicitara de

él una confidencia suprema, pero el interrogado no pareció comprender.

— Se lo suplico, ciudadano Neufmulin, reflexionad un poco. ¡Vais á perderos! ¿Qué podéis esperar de todas esas maquinaciones? ¡Luchar contra el gobierno del Primer Cónsul, encumbrado al poder por el prestigio de veinte victorias y sostenido por la admiración universal! ¡No habéir pensado bien sobre ello! Vended vino de Burdeos y dejad lo demás... Sobre todo, cuando nadie habrá de agradeceros vuestro sacrificio por una causa, por noble que ella sea. ¡Los príncipes son unos ingratos!

— No, no; ¡he jurado morir por ellos, Leclerc! Pero no quiero comprometeros en mis manejos, y si no os marcháis de la fonda, seré yo el que cambie de alojamiento. Es una prueba de estimación que debo á vuestra lealtad y á vuestra confianza.

Durante unos momentos, ambos amigos continuaron discutiendo sobre el mismo asunto, y luego Neufmulin metióse camino adelante de las confidencias en forma tal, que Saint-Regeant pudo convencerse de que su interlocutor conocía á varias personalidades del partido realista, aunque ignoraba por completo la organización. Y aun las noticias que sobre los representantes de los príncipes en Lión poseía, era fácil que proviniesen de sencillos informes de la policía local. De todas maneras, era hombre hartamente peligroso y convenía proceder con gran cautela. Separarse de él era dejarle obrar á sus anchas y exponerse á ser espiado con toda comodidad. No; valía más persistir en la línea de conducta que desde un principio se había trazado : hacerse el tonto y estar prevenido á todo evento. Porque, con un compañero parecido, podía temerse cualquier cosa y acaso llegara el momento en que no quedara más remedio que deshacerse del importuno de manera un poco brusca. Mientras

tanto, Saint-Regeant confiaría á su agilidad, á su vigor y á las armas que siempre llevaba consigo, el cuidado de evitar toda sorpresa. Y comenzó tranquilamente á visitar á los fabricantes.

Las comisiones que le había dado Lerebourg fueron un recurso que le sirvió á maravilla en estas circunstancias, y pudo volver diariamente á la posada con numerosas muestras y relatar las peripecias mercantiles del día. Neufmulin, que sabía con toda exactitud el objeto que llevaba el joven á Lión, no pudo menos de admirar la presencia de ánimo, la habilidad y la prudencia de que daba pruebas Saint-Regeant, y, á pesar suyo, llegó á sentir una estimación verdadera por el joven, experimentando franco placer de habérselas con enemigo tan diestro, y casi avergonzándose de tener de su parte tantas ventajas en la partida que ambos venían jugando. El policía se pasaba de listo creyendo que Saint-Regeant no sospechaba su disfraz.

Con objeto de poder llevar á término su cometido con precisión completa, Neufmulin había prevenido al comisario general de la policía de su llegada á Lión, y un agente colocado como camarero en la posada, estaba constantemente á sus órdenes. No dió un solo paso Saint-Regeant desde su llegada á Lión, sin ser estrechamente vigilado; madrugaba, se acostaba temprano, y ni una sola palabra, ni un ademán que pudiera parecer sospechoso atisbó el polizonte. El cuarto día por la noche, el joven se vistió y aderezó con un poco más cuidado que de costumbre, y esto llamó la atención de Neufmulin, que no trató de ocultar su asombro. Saint-Regeant, simulando gran confusión, confesó que tenía una cita con una guapísima clienta, la ausencia de cuyo marido era necesario aprovechar.

— ¡ Ah, bandido ! — exclamó Neufmulin. — ¿ No teméis alguna sorpresa desagradable ? ¿ Queréis que os vaya guar-

dando las espaldas ? Dos personas juntas infunden menos sospechas... ¿ Es muy lejos de aquí ?

— No puedo deciros nada... Perdonadme... Es cuestión de delicadeza...

— ¡ Bueno, bueno ! ¡ Id, Fabras, id, Saint Preux ! ¡ Y coronadme al fabricante de terciopelo bien coronado ! Yo me voy á dormir, y esperaré con impaciencia que amanezca para que me contéis el resultado de vuestra aventura...

Continuaron charlando hasta las nueve, á cuya hora Neufmulin se dirigió hacia la escalera para subir á su habitación y Saint-Regeant salió á la plaza de los Brotteaux. La noche estaba muy oscura, y apenas el joven se había separado cincuenta pasos de la posada, un hombre avanzó recatándose en la sombra del muro, y se lanzó en su seguimiento. Momentos después, Neufmulin, disfrazado de obrero tejedor de seda, emprendió á su vez la persecución. Saint-Regeant se dirigió, efectivamente, á casa de un negociante, pero no para charlar amores en oídos femeninos, sino para asistir á una reunión de jefes realistas que, organizada con toda prudencia, debía celebrarse aquella noche; primera y última reunión vista la vigilancia asidua de que era objeto Saint-Regeant. El amo de la casa había marchado para Arlés con objeto de preparar la coartada, y, en su ausencia, era su esposa la encargada de recibir al joven emisario realista y á sus amigos. De esta manera, el comerciante arriesgaba su honor por el partido, y se exponía á parecer engañado para engañar á la policía. Cuando Saint-Regeant entró guiado por la dueña de la casa, el marqués de Saint-Aurenc, el conde de Pommadere y el caballero de Quercy estaban ya sentados en la penumbra de la trastienda.

Cambiados los saludos de rigor, los cuatro hombres expusieron cuantas noticias sabían respecto á las tendencias que

dominaban en la población. Después, Saint-Regeant les enteró de las resoluciones adoptadas por la Junta de París, y les encargó que estuviesen preparados á sublevar la provincia y á apoderarse de la administración pública.

— Cuando menos lo esperéis — les dijo — tendréis noticia de que el tirano ha sucumbido, é inmediatamente debéis proclamar al rey é izar la bandera blanca... Vos, señor Quercy, os presentaréis como lugarteniente general del rey á la guarnición,... aquí está vuestro nombramiento... Vos, señor de Pommadere, os haréis cargo de la Prefectura, y en cuanto al señor de Saint-Aurenc, quedará en disponibilidad hasta los nombramientos de organización general... Tales son las órdenes...

— Pero, — observó Quercy; — ¿no podemos saber con antelación lo que va á ocurrir?

— ¡Es imposible! El movimiento permanecerá secreto hasta el último instante, y únicamente serán informados los que han de tomar parte en él... Estad dispuestos, y obrad con decisión, porque la noticia caerá como una bomba... Será necesario que os pongáis en relaciones con nuestros amigos de Aviñón y de Marsella, para que obren al mismo tiempo que vosotros...

— Yo me encargo de eso — dijo Saint-Aurenc.

— ¿Tenéis dinero para los gastos necesarios?

— Adelantaremos de nuestros peculios lo que haga falta. Los compañeros de Jehú trabajan en estos momentos en las carreteras de Grenoble y de Dijón, deteniendo á los correos del Estado y apoderándose del dinero del Tesoro público. Pero todo ese dinero se va á Bretaña para pagar los soldados de Jorge...

— ¿No han detenido últimamente al señor de Saint-Hermine, cerca de Burgo?

— Sí, un golpe desgraciado. Nuestros amigos han sido

denunciados y están presos... Pero no desesperamos de poder hacerlos evadir... La guillotina no se ha hecho para ellos...

— El patíbulo ha sido ennoblecido por cuantos de nuestra sangre han subido á él, — exclamó Saint-Regeant. — Importa muy poco entregar la cabeza si triunfamos en nuestro intento de aplastar la Revolución. Bonaparte solo es más peligroso que toda la Convención junta, porque reúne en sí la fuerza destructora de Dantón, de Robespierre y de Marat. Jorge, Hyde y yo, hemos podido contemplarle de cerca en la audiencia que nos concedió. Está devorado por una ambición formidable, y para realizar su sueño de grandeza será capaz de lanzarse contra toda la humanidad. Si ese hombre triunfa, preveo ruinas y carnicerías espantosas que harán correr ríos de sangre.

— ¡Antes que eso suceda, vale más derramar la suya!

Apenas habían sido pronunciadas estas palabras, apareció despavorida y casi sin voz la tendera que los albergaba. Á las preguntas de los conspiradores, respondió que los alrededores de la casa estaban vigilados por muchos hombres y que seguramente no tardaría en llamar la policía.

— No os asustéis, señora — exclamó el marqués de Saint-Aurenc. — Estos señores y yo vamos á marcharnos por el pasaje secreto, que da al cobertizo vecino y desemboca al muelle, á cien pasos de aquí... Es imposible que esa salida esté guardada porque no la conoce nadie más que nosotros. El señor Saint-Regeant se quedará en vuestra compañía y saldrá, dentro de una hora, por la puerta del almacén...

Rápidamente, sin hacer el menor ruido, los tres hombres estrecharon la mano de su compañero, y pasando por una puerta reservada salieron al patio, atravesaron un cobertizo, entraron en un almacén de cepillería obscuro y desierto,

y, después de haber examinado con detención los alrededores, se deslizaron en la calle. Hecho esto, cada cual emprendió camino distinto y bien luego los tres se perdieron en la obscuridad. Mientras tanto, Saint-Regeant se esforzaba por tranquilizar á la dueña de la casa, explicándole que el único peligro que hubiera podido temer era el de que arrestasen dentro de su casa á Saint-Aurenc, Quercy, Pommadere y á él. Mas á salvo los tres primeros, podía la policía llegar cuando quisiera : ningún peligro político amenazaba á ella ni á su marido, por mucho que se afinasen las averiguaciones y pesquisas. Todo lo más, podrían suponer que la señora trataba con gran favor al ciudadano Leclerc... y á fe — añadió con galantería — que es lo suficiente hermosa para que la aventura parezca verosímil.

Saint-Regeant la tomó una mano que encontró helada por el terror; vió que su compañera no le escuchaba, que no tenía oídos más que para los rumores que del exterior procedían y así pasó una hora, poco más ó menos, sin que manifestación extraña alguna viniese á confirmar los temores de la dama.

Sin duda hacía rato ya que Saint-Aurenc, Pommadere, y Quercy estaban entre las sábanas, cuando Saint-Regeant juzgó llegado el momento de abandonar la casa á su vez. Y sin duda también los vigilantes de la calle se habían cansado ya de tan larga espera, porque la puerta retumbó bajo unos golpes vigorosos, y se oyó una voz que ordenaba :

— ¡Abrid!

— ¡Atención! — dijo Saint-Regeant. — Ha llegado el momento de que cada uno de nosotros desempeñe su papel lo mejor que pueda. Vos debéis aparentar creer que es vuestro marido que regresa de improviso... y tras unos momentos de vacilación, id á abrir... Mientras tanto, yo saltaré por la ventana.

— ¡Os vais á hacer daño!

— Nada de eso; venid conmigo. Acompañadme hasta el entresuelo...

Mientras el importuno continuaba aporreando la puerta, los dos subieron hasta la alcoba de la señora, y allí, desde la ventana, la tendera preguntó :

— ¿Quién llama? ¿Eres tú, amigo mío?

— Sí; respondió audazmente el que llamaba.

— ¡Ya bajo!... Espera un momento... No pensé que volverías esta noche...

— Lo creo... — añadió el importuno al pie del muro.

Al cabo de un instante, suelta la barra, la puerta se abrió, y bruscamente penetró un hombre cuyo rostro quedó iluminado por la luz del quinqué que llevaba la dama.

— ¡Este no es mi marido! — gritó. — Y con gran decisión apagó la luz.

En el mismo momento, Saint-Regeant se descolgó por el balcón á la calle, rodando por el suelo á impulso de la violencia de la caída. Se levantó en seguida, pero apenas se puso en pie, tres hombres se abalanzaron sobre él diciendo :

— ¡Aquí está! ¡Sujetadle!

— ¡Eh! Poco á poco, — exclamó Saint-Regeant arreando al primero que alcanzó un soberbio puñetazo en las netas.

El herido exclamó « ¡uf! » y cayó patas arriba, al mismo tiempo que los otros dos sacaban los pistoletes y apuntaban al joven realista. Éste se lanzó sobre ellos gritando :

— ¿Pero qué es eso? ¿Se roba ahora de noche en Lió, ó qué?

Dos veces intentó disparar los pistoletes, y otras tantas le falló el tiro; entonces dió un soberano puntapié en el vientre de uno de los asaltantes, y sin dar tiempo á que los dos polizontes volviesen de la sorpresa, echó á correr mientras se decía :

— ¡Mil rayos! ¿Es un golpe de Neufmulin? Nadie más que él sabía que estaba fuera de casa, aunque ignoraba el sitio á donde iba. Pero, eso no quiere decir nada, me habrá hecho seguir. ¡Ah, mozo; si me has jugado esta vuelta, vas á tener que habértelas conmigo!... ¿Habrá tomado parte él en esta expedición? Si es así, está fuera de casa, y voy á encontrar su habitación vacía... ¿Está en la cama? Habrá hecho dar el golpe por agentes de aquí... Vamos á verlo...

Llegó á la posada de *El Unicornio*, entró en el despacho del patrón, y con aire jovial y satisfecho, tomó del tablero la llave de la habitación :

— ¡Vaya una noche más hermosa! ¿Ha vuelto el ciudadano Neufmulin?

— ¡Hace tiempo! Ya debe estar durmiendo como un porro.

— Bueno — pensó Saint-Regeant, — El dueño está de acuerdo con mi hombre. Pero yo voy á verlo por mí mismo.

— Buenas noches, ciudadano, que me caigo de sueño. Hasta mañana.

Subió al primer piso, y deteniéndose ante la puerta de Neufmulin, llamó. Silencio. Volvió á llamar, y entonces una voz ahogada respondió :

— ¿Quién está ahí? ¿Qué quiere? ¿Qué hora es?

— Soy yo, Víctor Leclerc. No son más que las once. Quisiera hablaros dos palabras.

Saint-Regeant oyó una exclamación, el ruido de Neufmulin al tirarse de la cama, y poco después la puerta se abrió. El policía, tocado con un madras amarillo que le tapaba la mitad del rostro, apareció en camisa, con la candela en la mano.

— Entrad, vecino... ¿qué os pasa? Con vuestro permiso, me vuelvo á la cama...

Neufmulin colocó la luz en la chimenea, lejos de la cama,

de manera que quedó en la sombra, y una vez bajo las mantas interrogó de nuevo :

— ¿Y bien? ¿Se ha malbaratado la cita?

— ¡Pardiez! Figuráos que á lo mejor ha vuelto el marido...

— ¿El marido?

— Sí. Cuando más entusiasmados estábamos, ahí tenéis á ese belitre aporreando la puerta de la casa. Su mujer, naturalmente, perdió la cabeza... Y bajó á abrirle medio desnuda...

— Con el primitivo traje de una belleza á quien se arranca violentamente al sueño...

— Durante ese tiempo, yo me vestía á toda prisa...

— ¡Ah, buen mozo!, ¿estábais en la cama?

— ¡Como os lo cuento! Y cuando el marido penetró en la tienda, me descolgué por el balcón á la calle con ánimo de salir huyendo, pero tres hombres que sin duda el marido tenía apostados, se lanzaron á mí...

— ¿Una emboscada?

— Eso me ha parecido. Afortunadamente, me pude evadir de las uñas de los bergantes, no sin que me dispararan dos tiros...

— ¿Á los cuales vos habréis respondido?

— ¡Ni pensarlo! No tenía ganas de producir una alarma que podía costarme ser preso en unión de mis agresores... Me he defendido á puñetazos y á patadas... ¿Qué os parece?

— ¡Diablo, diablo! ¿Estáis seguro de que era el marido?

— ¿Eh? ¿Quién iba á ser si no?

— ¿No sería la policía?

— ¡La policía! ¿Por qué? ¿Qué tengo yo que ver con ella?

— Ya sabéis lo que os he dicho ayer... ¡Mientras no estéis siendo ya víctima de nuestra intimidad!... Hace falta des-

pejar mañana mismo... vos por un lado y yo por otro. No estamos seguros aquí. No me cabe duda alguna de que os han tendido un lazo y, si efectivamente ha sido el marido, es que estaba de acuerdo con el comisario de policía... ¡Huyamos, Leclerc, aún es tiempo!

— ¡Mil rayos, Neufmulin, huíd vos si queréis! Yo no tengo que temer nada, y desafío al que quiera á que se me pruebe la menor cosa contra mí. Además, no he terminado todavía mis asuntos. Si vos estáis inquieto, huíd; yo me quedo.

— Sí, me marcharé en cuanto amanezca. Digámonos adiós, amigo mío, y creed que no os olvidaré nunca : me habéis sido muy simpático. Si cuando volváis á París, sentís algún día curiosidad ó deseo de verme, me encontraréis á las cinco en *El diván turco*. No falto nunca.

— Entonces, adiós; y buena suerte.

Y después de haberse estrechado la mano, Saint-Regeant subió á su habitación, se acostó y se durmió tranquilamente. Era un corazón intrépido que disfrutaba, además, de la admirable indiferencia de la juventud. En cambio Neufmulin, acodado sobre el cabezal de la cama, reflexionó unos momentos antes de volverse á dormir : es un joven despierto, y no lograremos nuestro propósito muy fácilmente. Estoy por preguntarme si, efectivamente, ha venido aquí para conspirar, ó por el contrario, no se ocupa más que de sus negocios. No poseo ninguna prueba, ningún indicio, nada que me permita afirmar su culpabilidad... nada más que presunciones, ¡pero cuán parecidas á certezas! Usa nombre supuesto, está afiliado al partido realista, y con Jorge é Hyde, ha formado la delegación que visitó al Primer Cónsul. Si no conspirara, ¿por qué había de llamarse Víctor Leclerc?... ¿Será cuestión de faldas? Quizá todo cuanto hace no sea más que para inspirar confianza á ese Lerebourg, á

fin de poder acariciar á su mujer más tranquilo. Si; en otros tiempos, no dejaría de ser un argumento admisible, pero bajo un régimen de intrigas, de tramas y de conspiraciones, no puede tenerse en cuenta. El señor Saint-Regeant conspira, y si ha venido aquí, no ha sido para comprar sedas ni terciopelos, sino para abocarse con los jefes realistas del Mediodía. Es necesario que me separe de él, porque desconfía de mí, y no lograré obtener confidencias. La relación que ha venido á hacerme, en caliente, de su pretendida emboscada, demuestra su deseo de salvar las apariencias á mis ojos. Además, acaso no haya venido sino para cerciorarse de si he tomado parte en la expedición de esta noche, porque es hombre que no pierde fácilmente la cabeza, que tiene todas las cualidades de un jefe, y que me hubiera cogido los dedos con la puerta si no llego á tener la precaución de retirarme antes del asunto. ¡Vamos! Dará gusto luchar con un adversario tan alerta. Mientras tanto, durmamos.

Se levantó, aseguró la puerta, volvió á acostarse, apagó la luz, y á las diez de la mañana del día siguiente pagó su cuenta y abandonó *El Unicornio*. Sin embargo, era tanta la simpatía que profesaba á Saint-Regeant, que no se decidió á alejarse mucho de su lado, y si es verdad que, en calidad de viajero, abandonó la posada por la mañana, no es menos cierto que volvió á penetrar en ella por la tarde, esta vez para ocupar un cargo de doméstico. Providencialmente, una disputa entablada entre el dueño y uno de sus camareros, había motivado que éste fuese despedido, y á las pocas horas entró á ocupar su plaza un muchacho normando, de pesado andar, de habla trabajosa, que se puso en seguida á arreglar las habitaciones de los huéspedes. Aquel mismo día, Saint-Regeant y el nuevo servidor, que se llamaba Hipólito, se encontraron cara á cara. Desconfiado tanto por sistema como por necesidad, el joven examinó de reojo al mozo que

barría concienzudamente, pero sin prisa, el pasillo que atravesaba por delante de su habitación. Era un hombre grueso, mofletudo, de pelambreira b'onda, con abundante vello en las orejas. Interpelado por Saint-Regeant, respondió con acento de Yvetot puro, y esas fórmulas evasivas que forman el fondo del dialecto normando. Parecía tonto de capirote y, en todo caso, tan diferente de Neufmulin, que no era posible confundirlos, sobre todo porque su estatura era lo menos cuatro pulgadas mayor, y el timbre de la voz de un sonido especial y en absoluto diferente. Saint-Regeant, decidido á no ocuparse más que de sus asuntos comerciales, se sintió al abrigo de toda vigilancia, y más Víctor Leclerc que nunca, se dedicó en cuerpo y alma á recorrer las fábricas y los almacenes, y á reunir muestras y más muestras en su habitación ya casi llena.

Escribió á Lerebourg una carta que entregó á Hipólito para que la depositase en el buzón del correo, carta que, abierta por el fiel servidor, fué clasificada entre las más inocentes y desprovistas de interés, pese á los lacres que parecían defender algún secreto. El viajante se felicitaba de algunas compras afortunadas que había hecho, daba detalles sobre la próxima fabricación de ciertos artículos, y anunciaba el regreso á París para la semana siguiente. Hipólito comprendió que su presencia en Lión era completamente inútil, donde bastaban los agentes locales para vigilar á Leclerc, y de buena gana hubiera abandonado su empleo para volver anticipadamente á la capital. Pero temió despertar sospechas en la persona que vigilaba, y sacrificando la satisfacción á su deber, continuó aburriéndose bajo la peluca albina y arrastrando las zapatillas de tacones postizos del camarero Hipólito.

Pasaba el tiempo combinando planes para sorprender á Saint-Regeant en flagrante delito de conspiración, aunque

había comprendido que le sería necesario esperar su llegada á París para disponer las trampas en que había de caer. Estaba absolutamente convencido de que el joven bretón desarrollaba una intriga política en sus mismas barbas, delante de sus propias narices, y una cólera fría le dominaba al considerar que, dueño de toda clase de recursos, conociéndola personalidad de su adversario, y cuantos detalles concernían á su vida diaria, á pesar de todo, la obra de Saint-Regeant seguía impenetrable. Su amor propio profesional sufría rudamente viéndose burlado de tal manera, y con una constancia desesperante, porque desde su primer encuentro en la posada de *El caballo negro*, el joven no había cesado de chasquear al temible sabueso que le seguía la pista.

Además, Braconneau se preguntaba qué noticias podría facilitar á Fouché cuando compareciera delante de él á su regreso. Sabía que su jefe era un hombre brutal, egoísta y sin indulgencia, capaz de sacrificar inexorablemente á un subordinado que no hubiese sabido triunfar en su cometido. Y sacrificar á un agente, valía tanto como aherrojarle en una mazmorra para toda su vida, ó hacerle matar en una expedición, según de donde el viento soplara, porque no era prudente embarazar el camino con un ex polizonte cuya existencia nadie trataría de averiguar. Un hombre en estas condiciones era un detritus social cuya desaparición no inquieta á nadie.

Sin embargo, al final de su período de vigilancia, cuando ya Leclerc anunciaba su marcha, el polizonte disfrutó de una ganga inesperada que le compensó de todos los aburrimientos anteriores. Una carta llegada de París para el viajante, y abierta por los procedimientos policíacos habituales en Hipólito, fué la causa de su alegría. La carta era de Lerebourg, y en ella, el comerciante se extendía en recomendaciones y en instrucciones, enviaba nuevas órdenes y

daba seguridades de amistad á su joven amigo. Hasta aquí, la cosa carecía de importancia, pero al pie de la misiva, se encontraban unas cuantas líneas de escritura elegante y estrecha, y en ellas estaba precisamente todo el interés del hallazgo: « Desde vuestra partida, no he cesado de pensar en vos, y si ello no hubiera salido de mí misma, mi marido me hubiera obligado, porque no se ocupa más que de vuestro viaje y de sus resultados. Á mí, lo que me interesa es vuestro regreso. No le diferáis mucho, si sentís alguna afeción por Emilia. »

— ¡ Ah, ah ! — exclamó Hipólito con sincera satisfacción. — Aquí está el punto flaco de nuestro mozo. Ama y es amado : un conspirador que tiene una querida es hombre al agua. Por aquí le voy á pescar, y si yo no soy un imbécil, podré llevar á mi jefe algunas buenas noticias después del regreso que con tanta impaciencia espera la hermosa señora de Lerebourg.

Y recalentando el lacre, volvió á cerrar la carta, que colocó muy cuidadosamente sobre la mesa de la habitación del viajero. Después se fué á cumplir sus obligaciones de mozo de hospedería. Dos días más tarde, el ciudadano Víctor Leclerc tomó un asiento para Saint-Etienne en la diligencia, hizo sus paquetes, encargó de llevarlos al carruaje á Hipólito, y alegre, pagada su cuenta, abandonó *El Unicornio* y la agradable villa de Lión. Detrás de él, Hipólito, restituido á su primitiva personalidad de Braconneau, intentó un golpe audaz. Á paso ligero encaminóse al hotel del marqués de Pommadere y solicitó hablarle. Introducido en un angosto locutorio revestido de madera de encina antigua, donde el gentilhomme tenía por costumbre recibir á sus proveedores, Braconneau se puso á contemplar los retratos de antepasados del marqués que adornaban las paredes. De este examen vino á sacarle el descendiente de las figuras que

contemplaba, que, un poco asombrado, anunció su presencia con dos ¡ ejem ! ¡ ejem !. Braconneau se volvió, saludó profundamente, y con tono muy respetuoso dijo :

— Señor marqués; me presento ante vos enviado por Víctor Leclerc...

El señor Pommadere levantó la nariz en alto, clavó los ojos en el techo, como si buscara en su memoria, y respondió con acento de la más viva extrañeza :

— ¿ Víctor Leclerc ? No le conozco. ¿ Quién es ?

— Acaso comprenda mejor el señor marqués, si le digo que Víctor Leclerc es el señor Saint-Regeant...

— ¿ Saint-Regeant ? ... Esperaos un poco... ¿ Es un Saint-Regeant de Bretaña ? ... Buena nobleza de toga... de los alrededores de Quimper... Pero Saint-Regeant ó Víctor Leclerc, es para mí uno y lo mismo... Ignoro quién puede ser ese doble personaje... ¿ Dónde está él ?

— Ha estado estos días en Lión, y me ha encargado participar al señor marqués su gran sentimiento por no haber podido venir á despedirse antes de la partida... Ha tenido que marcharse precipitadamente á causa de la aventura de la otra noche...

— Querido señor — exclamó el marqués, — todo eso que me contáis es chino para mí... No comprendo una palabra. La aventura, si la hay, la desconozco tan en absoluto como á su héroe... ¿ Estáis seguro de que no os ha engañado algún bromista ?

— Segurísimo.

— Entonces ¿ no será que queráis divertiros á mi costa ?

— Señor marqués, yo no osaría nunca...

— Lo sentiría por vos, porque no soy hombre capaz de soportarlo...

Y diciendo esto, el marqués se dirigió hacia Braconneau erguido de apostura, la mirada fija, el puño crispado, con

aire tal de amenaza, que el agente de policía juzgó prudente batirse en retirada. Había visto en el vestíbulo un lacayo de aventajada estatura, y estos servidores de las viejas familias, cuando sienten cariño hacia los amos, suelen ser algo brutales llegado el caso. Así es que saludó diciendo :

— Señor marqués... sentiría mucho haberos molestado...  
Podeis creer que... señor marqués...

— Pasadlo bien... Y si volvéis á encontrar por ahí á ese tal Leclerc, mandádmelo; yo me encargaré de ponerle las peras á cuarto...

Y dando un portazo, desapareció de la vista de Braconneau, quien, todo compungido, se alejó diciendo :

— ¡ Estas gentes son audaces ! ¡ Negar la complicidad cuando se huele aquí á cien leguas !... Bueno; hagamos vigilar este nido reaccionario, y volvamos á París. Mi jefe se encargará de encontrar razones para convencer al marqués de que no debe continuar echando plantas...

Volvió á la posada, y al día siguiente tomó el coche para Chalón.

## CAPÍTULO IX

Sentada en una otomana, ligeramente apoyada en los cojines de terciopelo de seda, con los ojos á medio cerrar como si las cuentas y las explicaciones de los dos hombres la adormeciesen, la señora de Lerebourg miraba sonriendo á su amado Víctor Leclerc, que, en el despacho situado en el entresuelo de *El gorro azul*, rendía al comerciante relación detallada de su viaje. No tenía necesidad alguna de disimular : su marido, sentado á la mesa, le volvía la espalda; Víctor Leclerc, en pie ante la chimenea, hablaba consultando á la vez un cuadernito lleno de números y de notas, y mientras parecía no ocuparse más que de Lerebourg, sus miradas iban dirigidas á Emilia. Llegado la víspera de regreso de su viaje á Lión, había proporcionado al dueño de *El gorro azul* la sorpresa de presentarse en la tienda muy de mañana, y, desde las diez, hablaba sin cesar de terciopelos de Génova, de gro de Nápoles, de sedas, de bordados, de brocados, sin separar la llama de sus ojos de las hermosas pupilas de madama Lerebourg.

— Amigo mío, sois un hombre precioso, — exclamó el